

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXIII



Córdoba, 2016

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXIII

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2016



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXIII

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Fachada de la Casa del Inca, a mediados del siglo XX.

I.S.B.N.: 978-84-8154-535-7

Depósito Legal: CO 2278-2016

EL ESCRITOR MONTILLANO GONZALO ENRÍQUEZ DE ARANA Y PUERTO (1661-1738) Y SUS POEMAS DEDICADOS A LOS OFICIOS

Antonio Cruz Casado
Cronista Oficial de Iznájar

En muchas ocasiones los textos literarios se han considerado elementos válidos para el conocimiento de la historia y de las costumbres de una época, aunque su fiabilidad no es tan absoluta como el texto de índole notarial y cronístico. Con todo, partimos de la base de que la mimesis de los griegos, o imitación de la realidad, de manera simplista, se lleva a cabo también en las obras de literatura, de tal manera que un estudio analítico de determinados textos desde esta perspectiva nos puede ayudar a comprender mejor diversas situaciones históricas o sociales

En este sentido, las obras del escritor montillano Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto¹ reflejan situaciones realmente existentes, como las que se refieren a los diversos

¹Incluimos aquí las principales referencias bibliográficas que hemos dedicado total o parcialmente a este autor, en orden cronológico aproximado: "Poemillas de pasión en el barroco tardío (Una muestra de la poesía religiosa de Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto)", *Torralbo*, [Lucena], 1992, pp. 78-87; "Un escritor montillano en el olvido: Don Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto", *Nuestro Ambiente* [Montilla], núm. 168, julio, 1992, pp. 87-89; "Gonzalo Enríquez de Arana, un escritor andaluz del barroco tardío", en *Lecturas y relecturas de textos españoles, latinoamericanos y US latinos [Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de hispanistas, Universidad de California Irvine 92]*, ed. Juan Villegas, [Los Angeles], University of California, 1994, vol. V, pp. 99-106; "Los poemas de tema mitológico en *El cisne andaluz*, de Gonzalo Enríquez de Arana (1661-1738)", en *Hommage à Robert Jammes (Anejos de Criticón, 1)*, Toulouse, PUM, 1994, pp. 281-297; "Gonzalo Enríquez de Arana (1661-1738) y su obra teatral en el barroco tardío", en *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993), II, Teatro*, ed. I. Arellano, M. C. Pinillos, F. Serralta, M. Vitse, Toulouse-Pamplona, 1996, pp. 120-128; Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto, *El Cisne Andaluz (Selección)*, ed. Antonio Cruz Casado, Montilla, Bibliofilia Montillana, 1996, 540 págs. "Villancicos barrocos andaluces para diversas fiestas del convento de Santa Clara de Montilla (1684-1737) [de Gonzalo Enríquez de Arana]", en *El franciscanismo en Andalucía*, I, ed. Manuel Peláez del Rosal, Córdoba, Cajasur, 1997, pp. 325-346; "San Francisco Solano en la poesía barroca del montillano Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto (1661-1738)", en *El franciscanismo en Andalucía*, II, ed. Manuel Peláez del Rosal, Córdoba, Caja Madrid, 1998, pp. 393-405; "Una loa inédita del barroco tardío para el convento de Santa Ana de Montilla (Córdoba) [de Gonzalo Enríquez de Arana]", en *El franciscanismo en Andalucía*, IV, ed. Manuel Peláez del Rosal, Córdoba, Cajasur, 2000, pp. 549-583; "Las Octavas a la infancia del hombre, un poema inédito de Gonzalo Enríquez de Arana (1661-1738), en los albores del siglo XVIII", en Remedios Morales Raya, ed., *Homenaje a la profesora M^{ra} Dolores Tortosa Linde*, Granada, Universidad, 2003, p. 107-146 (ISBN: 84-338-2945-9); "El retrato literario en verso: un poema de Góngora y una secuela", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 142, enero-junio 2002, pp. 181-193 (ISSN: 0034-060X); *Villancicos Barrocos del Sur de Córdoba (Siglos XVII-XVIII)*, ed. Antonio Cruz Casado, Lucena, Excmo.

oficios que existen en la sociedad española de finales del siglo XVII y principios del XVIII, época en la que se desarrolla la vida de este hombre. Sin embargo, antes de centrarnos en la cuestión que hemos señalado, nos parece conveniente indicar algunos datos sobre la personalidad del autor, porque se trata de un poeta y dramaturgo poco conocido, aunque llevamos bastante tiempo intentando la divulgación de sus curiosas y numerosas creaciones.

Enríquez de Arana ofrece el interés adicional de pertenecer a una de las etapas más desconocidas de la literatura española, la que se abre tras la muerte de Calderón (1681) y llega hasta la publicación de *La Poética* (1737), de Ignacio de Luzán. En este medio siglo de literatura, que afortunadamente empieza a revisarse con un criterio amplio, sin recurrir a las tradicionales ideas de la decadencia cultural, se desarrolla la vida y producción literaria de nuestro escritor.

La investigación realizada en diversos archivos, junto con el estudio intrínseco de su propia obra, nos permite reconstruir un perfil biográfico singular, del que hasta ahora se tenían muy escasas noticias. Nacido en Montilla, Córdoba, el 10 de enero de 1661, y perteneciente a una noble familia de caballeros, aunque con una situación económica poco desahogada (entre cuyos componentes se encuentra un hermano jesuita, Juan de Arana, dos veces provincial de Andalucía y autor de diversas obras de espiritualidad, otro hermano militar, Enrique Enríquez de Arana, que muere en Milán en 1702, con el grado de Capitán de infantería, y una hermana, Josefa de Arana, dama y secretaria de la Marquesa de Priego, fallecida en 1721), Gonzalo parece tener una endeble salud ya desde su nacimiento, quizás prematuro, (sus padres habían contraído matrimonio el 14 de octubre de 1660), puesto que en su partida de bautismo se indica que se le hacen exorcismos y se le echa el agua con necesidad en su propia casa, detalles indicativos de una cierta premura en la administración del sacramento, tal vez porque está enfermo y se teme por su vida. De su niñez el escritor recordará, teniendo en cuenta su largo poema autobiográfico "Octavas a la infancia del hombre", el llanto, el dolor y el cariño maternal. Más tarde, hacia 1683 o 1684, cuando el joven tiene unos veintitrés o veinticuatro años, sufre una grave enfermedad que le deja impedido, tal como luego se indica en numerosos padrones de vecindad de su ciudad. Sin posibilidad de valerse de las manos ni de los pies, obligado desde entonces, como él indica en el prólogo a su obra, a "andar como la culebra, por causa de este impedimento, no pudiendo deslizarme desde entonces del suelo en que nací, me resolví forzosamente a observar clausura sin haberla profesado, en donde, habiéndome hallado con alguna afluencia poética, he procurado ejercitarme en su profesión para recreo y alivio de mi soledad y tristeza" (f. 1 r.). Estas dificultades de desplazamiento, solucionadas esporádicamente por medio de una especie de carretón, le reducen a una forzosa inactividad durante el resto de su larga vida, que se prolonga hasta la tercera semana de febrero de 1738. En esta desgraciada situación, la creación literaria y un acusado pensamiento religioso son las únicas vías de salida o de escape para una circunstancia vital sumamente trágica, tal como ha señalado el propio autor.. Los poemas autobiográficos referidos a su impedimento son muy frecuentes en la colección, respaldados siempre por una conformidad cristiana ejemplar.

Ayuntamiento / Cátedra Barahona de Soto, 2004. (ISBN: 84 -89903 - 87 - 5); *Escritores Andaluces del Siglo de Oro*, Granada, CajaGranada, 2009, Col. Cuadernos del Museo (ISBN: 978-84-92747-00-9); "Un poeta devoto de San Francisco Solano: Don Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto (Montilla, 1661-1738)", en *XVI Curso de Verano. El Franciscanismo en Andalucía. San Francisco Solano en la historia, arte y literatura de España y América*, ed. Manuel Peláez del Rosal, Córdoba, Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos, 2010, pp. 73-86 (ISBN: 978-84-938148-2-3), etc.

En posesión de estos antecedentes biográficos no es de extrañar la gran amplitud de su obra literaria inédita, escrita a lo largo de más de cincuenta años, y en la que se integran, como señalábamos, poemas y piezas dramáticas, de longitud variable, que alcanzan el número de 1993, en la primera parte, y de 2113, en la segunda, a lo que hay que añadir un texto en prosa, compuesto por 16 modelos de epístolas, titulado *Política de cartas* e incluido al final de la segunda parte.

La gran cantidad de textos de esta colección, no ordenada por lo general, sólo nos permite en esta ocasión dar una somera idea de su contenido, ciñéndonos especialmente a la lírica. Enríquez de Arana parece dar la sensación de querer poetizarlo todo, de hacer un poema para cada elemento del universo, para cada idea, a la manera de aquel personaje de *El aleph*, de Jorge Luis Borges, llamado Carlos Argentino, que "se proponía versificar toda la redondez del planeta", por lo que no resulta extraño encontrar entre sus composiciones una multiforme variedad, que va desde subidos aspectos de la vida mística y contemplativa, hasta detalles históricos de la actualidad de su época, ahora poco o nada conocidos, como las variadas referencias al general persa ThamasKouli Kan y su lucha contra los turcos, o los problemas del rey Estanislao de Polonia y la sucesión al trono de su nación.

Debido a este hecho, a la variedad y extensión de su colección, no puede realizarse una clasificación temática exhaustiva y satisfactoria de los poemas de Enríquez de Arana. Con todo, para dar algunas noticias del contenido, podemos indicar que todas las composiciones, dentro de la ortodoxia católica más estricta, detalle que el autor se encarga de señalar en varias ocasiones, podrían agruparse en distintas esferas que fuesen de lo particular y cercano al poeta o lo más general y lejano al mismo. De esta forma encontramos

a) El mundo personal: Arana escribe numerosos poemas personales de carácter autobiográfico, en los que se queja de su lamentable situación y en los que aparecen minuciosos rasgos de su vida, que pueden servir para reconstruir su biografía; también existe un amplio núcleo dedicado al mundo de las relaciones familiares (padres, hermanos, parientes, criados, etc.), con epístolas a sus hermanos y numerosos y sentidos epitafios. Los amigos y el mundo que rodea al poeta, como el pintor Bernabé Narváez, las vecinas, los perros y otros animales domésticos, los árboles y las flores que tiene en su casa, etc., forman también una copiosa colección. También aparece, y con especial y cuidado tratamiento estilístico, el aspecto religioso inmediato montillano (profesiones de monjas, procesiones, traslados de santos, etc.) y el mundo cotidiano de su entorno (los niños que pasan con frío camino de la escuela, la mora que coge caracoles, los vendedores de zorzales, los comentarios sobre la ciudad, las fiestas de toros, los años de hambre, los años de abundancia, etc.). De gran extensión e importancia son los poemas dedicados a los nobles montillanos, como el Marqués de Priego y su familia, motivados por nacimientos, muertes, cumpleaños o condecoraciones.

b) El mundo histórico circundante: en una esfera algo más lejana, encontramos poemas con referencias a diversos lugares que conforman el ámbito comarcal y provincial, con datos alusivos a Castro del Río, Lucena, Cabra, Palma del Río y Córdoba, hasta composiciones que se ocupan del ámbito nacional e internacional, con numerosas composiciones dedicadas a todos los reyes y príncipes españoles, a sus bodas, sus natalicios, sus defunciones y sus guerras. Se puede seguir bien la historia de España, los sucesos más relevantes de la segunda mitad del siglo XVII y la primera del siglo XVIII, mediante una ordenación y lectura atenta de los poemas de Arana. No se le escapan tampoco los sucesos europeos de la época, recogidos en breves poemas, de

escaso valor lírico, pero interesantes por contener detalles curiosos que fueron noticia en su momento.

c) El mundo cultural: en este ámbito que podríamos denominar mental, cultural y religioso, se encuentran numerosos poemas mitológicos, quizás los únicos sobre los que la crítica ha llamado la atención; casi ningún mito griego o romano está ausente de su recopilación manuscrita *El cisne andaluz*, aunque el tratamiento es distinto para cada uno de ellos, puesto que junto a versiones literarias y líricas, encontramos también descripciones un tanto pedestres e incluso irónicas. La historia y la cultura de la antigüedad grecorromana suministran una amplia variedad de temas. Los poemas de inspiración bíblica son también muy frecuentes, de tal manera que prácticamente todos los episodios de la Biblia, especialmente los del Nuevo Testamento, tienen un tratamiento demorado e insistente; no en vano son los poemas religiosos y morales los más abundantes de todos. Igualmente hay composiciones críticas, satíricas y poemas en los que el poeta expresa su ingenio mediante agudezas, juegos de palabras, retrógrados o reflexiones vacías de contenido sobre la misma estrofa que emplea, a la manera del conocido "Soneto de repente", de Lope; tampoco están ausentes los poemas de carácter lingüístico y etimológico. Los menos abundantes son los poemas amorosos, en concordancia con la situación anímica y vital del escritor, que él mismo había señalado en una composición autobiográfica:

"Aquí muy vivo el sentir
y para el placer muy muerto,
por no vivir para siempre
gusto de vivir muriendo" (I, f. 166 r.).

En suma, la producción literaria de Enríquez de Arana encierra un microcosmos en el que las más variadas reflexiones, sucesos y conocimientos de la época del escritor pueden encontrarse.

Algunos poemas se encuentran agrupados en series, como los sesenta y cuatro poemas que forman la serie de las santas, que Enríquez escribe tal vez por encargo de unas monjas y que tienen la función añadida de utilizarse para echar suertes en la comunidad religiosa; también forman serie discontinuas los que se refieren a ríos del mundo, a diversas variedades de árboles, a las maravillas del mundo y otros edificios antiguos, los trece sonetos que se ocupan de temas afines con el desengaño cortesano tras la muerte del padre, o los que queremos estudiar en esta ocasión, integrados en una serie de casi cuatrocientos epigramas que se ocupan de los oficios que tienen en la época los hombres y las mujeres, cuyo interés afecta no sólo a la historia de las costumbres sino también al léxico, puesto que entre los oficios se mencionan y describen algunos pocos conocidos o simplemente curiosos.

Los poemillas presentan siempre el subtítulo de epigramas, aunque el carácter satírico no está constatado en todas las ocasiones, y están integrados por ocho versos octosílabos, agrupados en dos cuartetos independientes. En total, pueden contabilizarse unos tres mil doscientos versos, lo que nos parece un material significativo para llevar a cabo un somero análisis sobre el contenido de los mismos.

El problema básico de estos poemas de oficios reside en su aparente falta de orden, puesto que, salvo la distinción entre los referidos a hombres y los dedicados a mujeres, no se aprecia en principio ningún otro criterio clasificatorio. Son mucho más numerosos los epigramas de tema masculino específico (más de trescientos cincuenta) que los femeninos (menos de cuarenta), lo que resulta indicativo del tipo de sociedad

existente en la época, por lo que respecta a las funciones propias de cada sexo. Por otra parte, la calidad de los oficios es incomparablemente mayor en los hombres que en las mujeres, relegadas éstas a puestos de menor significación social y algunos francamente degradantes o degradados, como la ramera, la santiguadora (que es la que cura el mal de ojo, saludadora, diría Valle-Inclán en su mundo galaico), la hechicera o la bruja. Estas últimas ocupaciones aparecen levemente distinguidas: la hechicera mediante el empleo de hechizos o filtros de amor y de odio que actúan sobre la voluntad de las personas, la bruja como adoradora del diablo y voladora, que “besa en el tal” al demonio, como indica el poema. He aquí el texto de ambos:

A una hechicera.

Epigrama.

¡Qué infierno Antona merece!

Pues si antes enhechizaba
al que dulcemente amaba,
ya enhechiza al que aborrece.

Hablando en propios vocablos,
antes se daba a los hombres;
ya no puede y de sus nombres
huye, mas se da a los diablos.

[f. 330 v. b] A una bruja.

Epigrama.

Al diablo está dada Cota,
supuesto que ella sin alas
vuela en las etéreas salas,
como quien dice, en pelota.

De día cose sus randas,
de noche come sin sal,
y al diablo le besa el tal
porque la traiga en volandas.

No existe una degradación parecida en los oficios masculinos, puesto que algunos asimilables a los señalados, como el saludador y el mágico, carecen de las connotaciones negativas que se observan en el ámbito femenino. He aquí los correspondientes:

A un saludador.

Epigrama.

Hecho no a golpe de escoplo
tiene Lorenzo en la boca
un Cristo, a quien siempre invoca
al ver que es su vida un soplo.

Tenga o no tenga virtud,
salud da tras cada paso,
pero como pille un vaso
se le sopla a su salud.

A un mágico.

Epigrama.

Kranio, no es buena tu ciencia
más que para burlas tales,
que encubren ser naturales
y todo es una apariencia.

Sé mágico, que es segura
ciencia, como en tu porfía
no des en nigromancia,
por poder alzar figura.

Como puede comprobarse en los ejemplos mencionados, la técnica de presentación es doble: la más general, se hace mediante el recurso de lo que se suele considerar el narrador omnisciente, consistente en un breve comentario en tercera persona acerca del oficio o de la persona que lo ostenta; en otras ocasiones, y es algo menor en lo que respecta a su frecuencia de aparición, se recurre a la segunda persona, en una especie de apóstrofe o llamada al personaje en cuestión.

En un principio las profesiones aparecen mezcladas; así se habla del sastre, escribano, platero, soldado, labrador, hortelano, pastor, cura, etc., aunque poco a poco se pueden distinguir determinadas áreas de actividades, en una ordenación que prefigura lejanamente lo que luego será llamado campo semántico. En este aspecto se encuentra el alcalde, corregidor, familiar [del Santo Oficio], alguacil, pregonero, verdugo, en un ámbito que pudiera denominarse campo de la administración y ejecución de la justicia.

Podemos señalar otros dedicados a oficios relacionados con los servicios y transportes: esportillero, aguador, cochero, lacayo; con la provisión de la comida: repostero, botiller, chocolatero, cocinero, confitero, turroneo, despensero, veedor, fiel, carnicero, pastelero, recovero; con los constructores de diversos utensilios: carpintero de lo basto (que es el que hace carros y tornos), fabricante de navíos, galafateador, tornero, maestro de encerados, maestro de coches, cabestrero, talabartero; con los animales de carga: borriquero, yegüero, esquilador, palafrenero, arriero (Arana distingue claramente entre recovero y arriero, que en algunos contextos se confunden: recovero es el que lleva huevos, pollos y gallinas, y el arriero camina largas distancias, de un extremo a otro del reino, con su vara en la cinta, acarreando muchos productos, no diferenciados como en el primer caso); con las faenas del campo, el trabajo de la tierra y el cuidado de los animales: melero, vinero, rebuscador, cavador, podador, aceitero, aceitunero, porquero, avareador, jornalero, churchero, aperador, gañán, sembrador, escardador, segador, barcinador (que es el que transporta la mies a la era), trillador, erero, acarreador, casero, pensador (que es el que da el pienso a las bestias, no el filósofo), zagal; con el papel, la impresión y el libro: papelero, naipero, sellero (emite sellos reales), dibujante, burilista, estampador, impresor, librero, etc. Estas series, salvo la última, nos parecen indicativas de una sociedad muy ruralizada, con algunos oficios administrativos, que son los que prosperan en sus empleos, junto con otros pequeños artesanos y pobres habitantes de la ciudad con escasas posibilidades de mejora.

Desde el punto de vista estilístico, y como corresponde al sentido habitual de los epigramas, se aprecia cierta crítica irónica y poco amarga; bien es verdad que tiene una visión negativa de los médicos, como por otra parte es frecuente en Quevedo y en otros escritores barrocos, pero no expresa ningún donaire por lo que respecta al teólogo y al alabar la muerte del soldado cumpliendo su obligación se aprecia cierto aire estoico. Del labrador señala su perennidad en la tarea y del cirujano ironiza con fórmulas

metafóricas, diciendo que “es de paños humanos sastre y está su primor en dar dolor por dolor”. Se muestra opuesto a los gitanos, a los que equipara con los ladrones, y así los incluye como una ocupación más:

A un gitano.

Epigrama.

Ser gitano no es oficio,
pero tiene este nación
por oficio el ser ladrón,
y así si en él este vicio
es oficio, en su lugar
entre Rinrín por besugo,
que está demás el verdugo
faltándole a quien ahorcar.

Veamos un breve muestrario de algunos que pueden resultar curiosos: el chirrión es el que recoge desperdicios, basurero, en la actualidad; el tutilimundero es el que lleva muñecos como diversión, todo un mundo a cuestas, y es ocupación algo diferente al titerero; precisamente al tratar de éste hay una referencia al Quijote, a la conocida aventura de Maese Pedro o Ginés de Pasamonte en la venta:

A un titerero.

Epigrama.

Con sus títeres Borrote
nos trata como a batuecos;
¡desventurados muñecos
a manos de un Don Quijote!
Con esta tramoya el tal
el real procura sacarnos
del bolsillo, con pintarnos
qué es una máquina real.

El volatín es el que hace equilibrios en la cuerda; el jugador de manos es el prestidigitador (con respecto a este oficio Arana hace alusión a su desgracia personal, a su inmovilidad forzosa y forma de desplazamiento, de la manera siguiente:

Muchos le ven y tan sanos
son que le pagan la gracia;
yo no, que sé la desgracia
que tiene el jugar de manos).

El alquimista y el químico están muy relacionados: el primero pretende sacar oro del cobre y el segundo reducir a quintaesencia el oro sólido; el algebrista es el que concierta los huesos; el obrero es el nombre del actual albañil, el que hace obra, en tanto que el jornalero es el que trabaja de sol a sol:

A un jornalero.

Epigrama.

Gusta de andar al jornal
trabajando Ballarol,
sin perder de vista el sol
por la comida y el real.
Él, como buen jornalero,
trabaja, no sin cuidado

de estar sobre lo aplazado
mirando al sol y al dinero.

Algo parecido es el gañán, que ara la tierra:

A un gañán.

Epigrama.

Galanteándose Reyes
de arar la tierra no para,
hasta dejarla la cara
bien cruzada con sus leyes.

En ella sepulta el pan
a que se le vuelva en oro,
trabajando como un moro
por comer, como un gañán.

El bujunero es el que vende juguetes, o buhonero; el maulero comercia con pieles; el abanillero hace abanicos; el millonero es el administrador de impuestos o millones; el torador se enfrenta con el toro, como dice el texto:

A un torador.

Epigrama.

Con ese toro no quieras
volverte a burlar, Montoro,
pues burlas no sufre un toro
que embiste, como él, de veras.

Tú, en fin, al verle tan surto,
te arrojaste a provocarle,
y el cuerpo tan mal a hurtarle
que te le cogió en el hurto.

El zurrador es el que zurra o golpea la badana, el cuero; el chuchero es el acarreador; el cisquero hace cisco, y Arana da diversos nombres de este combustible calorífico generalizado en el pasado: cisco, herraje, picón, carbón; el fruterista confecciona adornos y artificios diversos, y se parece un poco al vaciador, que basa su oficio en hacer imágenes de santos en moldes; el hatero es el encargado del hato, en el campo, y suele ser un niño; el follador es el que sopla el fuelle junto a la fragua; el escolero es el maestro de escuela, de primeras letras, y tiene su equivalente femenino en la amiga, cada uno con alumnos de su propio género; en otros niveles de la enseñanza están el preceptor y el catedrático:

[f. 326 r. a] A un catedrático.

Epigrama.

Tanto Anajarco procura
a la cátedra asistir
que parece que el vivir
le da la literatura.

No se cansa su apetito
de estudiar, para leer,
y si le viene a valer
algo, es sólo por escrito.

No falta tampoco el historiador, aunque no parece convencerle mucho tal oficio:

[f. 299 r. a] A un historiador.

Epigrama.

Ocúpase en dar Cileno
luz a la posteridad,
historiando con verdad
todo lo malo y lo bueno.

Déjese ya de escribir
complaciendo a las edades,
pues tal vez decir verdades
es un odioso decir.

Al hablar del aguardentero, nos transmite la noticia de que se confeccionaba el aguardiente por aquella época; el castrador de puercos le parece oficio poco recomendable:

A un castrador.

Epigrama.

Tocando viene Garona
sus flautas, por no decir
lo que le obliga a venir;
no es bueno lo que pregona.

Al animal que el gabacho
pilla del pie y de la oreja
con grande rigor le deja
sin ser hembra, ni ser macho.

En el apartado femenino, sabemos que la chocolatera echaba vainilla al chocolate; la cogedora se dedica a coger los puntos que se rompen en la seda; de la mondonguera destaca lo mal que huele; la rasurera quita las barbas a las mujeres.

Hay en estos poemas, como hemos podido vislumbrar, un sentimiento abarcador, de exhaustividad, casi enciclopédico, como corresponde a la época inicial de la centuria ilustrada, de lo que da fe algún otro escritor, como Feijoo. Él mismo dice al final que no conoce más oficios que los que ha incluido:

Despidiéndose de la obra.

Epigrama.

Bien puede ser se me quede
tal o cual, sin advertir,
oficio en que discurrir,
pero yo no lo he hecho adrede.

Cante por mí quien más vale
respecto de estar mi juicio
mareado en tanto oficio,
si acaso otro oficio sale.

Pensamos que en su conjunto esta amplia serie de composiciones nos ofrece una visión que resulta más o menos coherente y correcta del mundo del trabajo y de la ordenación de los oficios en los albores del siglo XVIII, desde la perspectiva de un escritor que parece haber sido un buen observador y que, por su desgraciada situación personal, disponía de tiempo y de gusto para anotar pormenores curiosos que pueden entenderse desde nuestra perspectiva como un valioso documento de época.

APÉNDICE

Poemas inéditos: 100 epigramas

Texto de Gonzalo Enríquez de Arana, *El cisne andaluz*, libro VI de la Segunda Parte.

[Sobre los oficios conocidos de hombres y mujeres].

1 [f. 298 v. a] A un teólogo.

Epigrama.

Oigo al prudente Filón
argüir de [la] Trinidad,
y admírame tal verdad
ver reducida a cuestión.

Arguya en buen hora y fiel
calle yo, ni diga nada,
que es de profesión sagrada
para hacer donaire dél.

2 A un abogado.

Epigrama.

Defiende haciendas y vidas,
Crisi, y alega en justicia,
valiéndose tu pericia
del código y las partidas.

No son pocos tus provechos,
pues, aunque por varios modos
les das su derecho a todos,
nunca pierdes tus derechos.

3 A un filósofo.

Epigrama.

En ser filósofo ha dado
Zenón, sin traer consigo
los cuadernos, y yo digo
que es así un descuadernado.

Cuando es preciso que arguya
se agarra del entimema,
del silogismo, y su tema
es salirse con la suya.

4 [f. 298 v. b] A un poeta.

Epigrama.

Por quitar las telarañas
Publio a su zaquizamí,
anda de aquí para allí
pensando en las musarañas.

Dice ha dado en ser veleta
después que Apolo le inspira,
y esto es locura y mentira,
todo cabe en un poeta.

5 A un astrólogo.

Epigrama.

Celio, si no eres deidad,
mal has de poder saber
lo porvenir, o es querer

mentir por sacar verdad.

Deja de observar estrellas,
que es error querer que el cielo
haga cierto acá en el suelo
lo que tú mientes por ellas.

6 A un arquitecto.

Epigrama.

Miro desde aquí a Fabricio
trazar sus embasamentos
para sacar de cimientos
a un magnífico edificio.

No creo que en tan gran casa
le digan ox, que no hay olla,
pues él se lleva la polla
sentando una y otra basa.

7 [f. 299 r. a] A un historiador.

Epigrama.

Ocúpase en dar Cilenio
luz a la posteridad,
historiando con verdad
todo lo malo y lo bueno.

Déjese ya de escribir
complaciendo a las edades,
pues tal vez decir verdades
es un odioso decir.

8 A un matemático.

Epigrama.

Antilo, pues tú procuras
figurar líneas, verás
qué bonito siempre estás
que das en hacer figuras.

Tú te pierdes por saber
matemáticos asuntos,
pues date a cuentas y a puntos
que tú te sabrás perder.

9 A un médico.

Epigrama.

Curcio, si a curar no atina
tu crítica facultad
de la última enfermedad,
¿para qué la medicina?

Síguela en fin, que aunque nula,
hará te se venga a asir
del que ayudas a morir
la mosca, y no de tu mula.

10 [f. 299 r. b] A un cirujano.

Epigrama.

Julio es de paños humanos
sastre, y está su primor
en dar dolor por dolor;
nadie se vea en sus manos.

Cuando pica de rompido
hace costuras de tomo,
que no hay cirujano como
el que acuchillado ha sido.

11 A un boticario.

Epigrama.

Fabio en su casa se aplica
a formar líneas y ataques
de vidrios y badulaques
tan varios como en botica.

Y aunque en récipes no en vano
su caudal tiene allí junto,
pues con dar de mano al unto
toma él el unto de mano.

12 A un herrador albeitar.

Epigrama.

Javier, en ti no es locura
majar sobre yerro helado,
mas curar con caldeado
yerro es hacer matadura.

Sujeta bien del hocico
al que has de herrar y curar,
que a un tiempo curar y herrar
sólo lo aguanta un borrico.

13 [f. 299 v. a] A un carpintero.

Epigrama.

Bien carpintea el buen Prados
tan sin salir de sus quicios
que sólo sus desperdicios
son buenos para quemados.

Siempre trae las manos puestas
en la madera de suerte
que, como *Isá*², hasta la muerte
anda con la leña a cuestras.

14 A un panadero.

Epigrama.

Gracias no os daré, García,
después que sois panadero,
pues nunca hallo el pan que quiero
en vuestra panadería.

Ruégoos que con más cuidado
hagáis el pan siempre vos,
que, si es la cara de Dios,
no cabe el ser desgraciado.

15 A un platero.

Epigrama.

Ulloa, aunque siempre trata
en oro, en carbón y en lodo,
suele estar tal vez de todo
tan limpio como una plata.

No obstante, son tan seguras
sus obras que, aunque el caudal
quiebre en él, nunca éste tal
viene a perder las hechuras.

16 [f. 299 v. b] A un sastre.

Epigrama.

Luego que Tomás Marrón
fue sastre y entró en el gremio
aprendió a tirar del premio
como hermano del pendón.

Si al coser, porque no quiebre
la ocasión, echa a correr,
al tirar, por recoger,
anda al salto de la liebre.

17 A un escribano.

Epigrama.

Mucho sinsabor, Morquecho,
te dará el ser escribano,
a no traer en la mano
siempre la verdad del hecho.

Dices lo pasas con ocio
y harto trabajo te espera,
si negocias de manera
que haces sólo tu negocio.

18 A un soldado.

Epigrama.

No te alabes de soldado,
primero espera, Carranza,
el día de la alabanza
si quieres ser alabado.

Aprende a morir y sabe
que es ocioso engrandecerte
en vida, cuando en la muerte
no faltará quien te alabe.

19 [f. 300 r. a] A un labrador.

Epigrama.

Por no hablar algún dislate
el labrador Alfacar
acomódase a no hablar
más que de aratecavate.

Si se halla en conversación
discreta, la corta el hilo,
siguiendo sólo el estilo
del villano en su rincón.

20 A un hortelano.

Epigrama.

No obstante que trae cubierta
de sudor su frente Hernando,

²*Isá* puede ser la versión popular, casi transcripción fonética, de *Isaac*, reducida en este caso para evitar la hipermetría del verso.

nos da en entender se está holgando
siempre como en una huerta.
¿Qué mucho que a enajenar
susberzas él las alabe,
si en todo hortelano cabe
el poderlas alabar?

21 A un pastor.

Epigrama.

Hoy, por evitar el robo
de la manada, a Nacor
le hacen de lobo pastor
y él de pastor se hace lobo.

Desfruta con su ganado
los campos de banda a banda,
y cual lobo gordo él anda
comiendo de lo contado.

22 [f. 300 r. b] A un cura.

Epigrama.

Bien se cura don Ginés,
mas después que en cura dio,
no curará bien, si no
se cura del interés.

Mal se podrá ver en palmas,
si es cura, y sólo al cuidado
de verse beneficiado
atiende, y no al de las almas.

23 A un sacristán.

Epigrama.

Jerez, no te cause asombro
ver que a ser sacristán vienes,
pues no muy poca cruz tienes
de andar con la cruz al hombro.

Si el hado a morir te excita,
no te espantes, que a eso va
quien anda siempre entre la
cera y el agua bendita.

24 A un músico.

Epigrama.

Al son de la chirimía,
o si no me engaño, al son
del dinero, está Alarcón
cantando que es alegría.

No deja de dar disgusto
tal vez oírle entonar
música, que hace llorar,
para que él viva con gusto.

25 [f. 300 v. a] A un organista.

Epigrama.

Tan bien toca y ha tocado
el órgano el de Teruel
que sin ponderar es él
el que en la techa le ha dado.

No en balde el lauro consigue
de humilde y sin invenciones,
pues al tocar en sus sonos

siempre un canto llano sigue.

26 A un ministril.

Epigrama.

González, de buena gana
nadie oye tu chirimía;
yo sí, porque es su armonía
muy de gaita zamorana.

Témlala bien y al tocar
sigue diferentes modos,
que si has de hacer son a todos,
gaitas templando has de andar.

27 A un enterrador.

Epigrama.

Horrorosa catadura
a tener, Gil, has venido
después que tú andas metido
de pies en la sepultura.

Tus miembros tienes cubiertos
de tierra, antes de morir,
no sintiendo por vivir
el que te carguen de muertos.

28 [f. 300 v. b] A un cerero.

Epigrama.

No está muy pobre Buendía
después que en cerero ha dado,
pues vemos que le ha quedado
mucho cera todavía.

Y aunque le viene el dinero
con luz, por este arcaduz,
bien puede verse sin luz
en medio de ser cerero.

29 A un mercader.

Epigrama.

Roque, a Dios no temes cuando
vendes, ni temes al rey,
pues lo que es de poca ley
das caro, si es contrabando.

Mide bien, puesto que pides
tu dinero, que es precisa
acción que en una requisa
te midan conforme mides.

30 A un especiero.

Epigrama.

Luis, ¿para qué porfías
a que venda especias, si
sólo es bueno para ti
andar con cominerías?

De hacer tanto papelito
huyo, y si les quies tú hacer,
alto, especiero, a vender,
y a todos da el cominito.

31 [f. 301 r. a] A un juez.

Epigrama.

Don Juan, ¿dónde está tu ciencia

en corregir la malicia,
si dejas que la codicia
tuerza justicia y conciencia?

Como al soberbio, al cuitado
atiende, si les topares,
que conforme tu juzgares,
has de ser de Dios juzgado.

32 A un alcalde.

Epigrama.

La vara traigo de alcalde,
dijo Antón, y en el lugar
todos me la han de pagar,
pues no la traigo de balde.

Cosas que mal gobernadas
van, me las dejan a mí
para enmendarlas, y así
cuenta con mis alcaldadas.

33 A un regidor.

Epigrama.

El regidor Alcalá,
si no sienta bien la basa
de saber regir su casa,
¿qué pueblo regir sabrá?

En fin, pues él es tan lego
que ignora el regirse a sí,
deje ya de regir y
váyase a su casa luego.

34 [f. 301 r. b] A un familiar.

Epigrama.

Un judío dijo ufano
que era un demonio en prender
don Lope Domingo, al ver
que pudo a él echarle mano.
¿Qué mucho si en testimonio
de su fe aqueste en echar
mano es un familiar,
sea en prender un demonio?

35 A un notario.

Epigrama.

Fermín, como no tratéis
verdad hoy que sois notario,
seréis de vos adversario,
mirad qué nota tendréis.

No dejéis que estén ociosas
las gracias en vuestro seno,
que retardarlas al bueno
por vos os serán mohosas.

36 A un procurador.

Epigrama.

El real en la faltriquera,
sobre los autos el brazo,
pleiteando anda Cambiazo
y es todo una papelera.

Si no suenan cascabeles
en la bolsa, al pleiteante

le dice: - A ucéd no le espante
tener tan malos papeles.

37 [f. 301 v. a] A un cobrador.

Epigrama.

Jaime, ¿quién te mete en danza
a recoger exacciones,
llevando más maldiciones
que ochavos en la cobranza?

En ti la desdicha toda
cairá [sic], si al pobre la hiel
das de quitarle la piel
para vestirme a la moda.

38 A un alguacil.

Epigrama.

¿Qué será con tanta pata
y en ellas tan larga la uña,
Gatiburro, el de Gascaña?
Será diablo o garrapata.

Todo lo es, pues en su establo
atiza y sopla a que abrase
el fuego, y no suelta, si ase;
luego es garrapata y diablo.

39 A un pregonero.

Epigrama.

Siendo voz del pueblo vos,
voz de Dios sois sin falacia;
mas cantáis vos muy sin gracia
para ser vos voz de Dios.

Lucas, pues alzando el grito
publicáis la culpa ajena,
decid: ¿es gracia el dar pena
y hacer público el delito?

40 [f. 301 v. b] A un verdugo.

Epigrama.

¿Verdugo? El nombre le basta
para ser aborrecido;
nadie use tal apellido,
aunque le venga de casta.

Siendo ejercicio tan feo
dar sin cólera en matar,
huya y muera por no usar
más Monroy tan vil empleo.

41 A un gitano.

Epigrama.

Ser gitano no es oficio,
pero tiene este nación
por oficio el ser ladrón,
y así si en él este vicio
es oficio, en su lugar
entre Rinrín por besugo,
que está demás el verdugo
faltándole a quien ahorcar.

42 A un sportillero.

Epigrama.

Gran vanidad tiene Andrés
y con toda su bambolla
no más que pan y cebolla
come, como montañés.

Mucho casca de nobleza,
y por un poco de pan
que gana en ser azacán
da al traste con su cabeza.

43 [f. 302 r. a] A un aguador.

Epigrama.

Juanillo anda todo el día
yente y viniente a la fuente,
dándonos agua caliente,
aunque la vende por fría.

No es mucho que engañe cuando
pregona para vender,
sí da el pobrete en traer
la bolsa siempre colgando.

44 A un cochero.

Epigrama.

Gentil ascenso vinculas
para tus hijos, Montero,
en subir a ser cochero
por ser cómitre de mulas.

Bien que por tirar se matan
éstas, al son de tu azote,
mas todos de bote en bote
de pícaro a ti te tratan.

45 A un lacayo.

Epigrama.

Jimeno, en cuerpo gentil
tu sayo de fajas lleno
para librea es muy bueno,
mas para gala muy vil.

Siempre andas pisando tamo
al tope de una contera,
porque te diga cualquiera,
anda, rabo, tras tu amo.

46 [f. 302 r. b] A un domador.

Epigrama.

Falto no estás de pujanza,
si te aventuras, Crespín,
a domar tanto rocín,
pues cuenta como se danza.

Si hoy tu altivez o miseria
vendes en servicio de otros,
procura cargar de potros
que domar, y alto a la feria.

47 A un picador.

Epigrama.

Las posas llenas de callos,
puesto a la moda el sombrero,
Vasco, como caballero

pica allá entre sus caballos.

A un bruto da, en su doctrina,
con freno, riendas, trabones,
vaqueta, estribos y acciones
una buena disciplina.

48 A un tabaquista.

Epigrama.

Tabaco, habiendo dineros,
no falta, y así Bermudo
haznos un puro estornudo
del polvo de tus morteros.

Polvos nos das, porque todos
digamos a las narices:
- Estos polvos de tamices
son los que os traen estos lodos.

49 [f. 302 v. a] A un polvorista.

Epigrama.

Algún diablo fue inventor
de un incendio tan tirano,
que no hay poder en lo humano
a un ímpetu de su ardor.

Por tanto, Ortiz, te conviene
guardarte de una centella,
pues sobra a volar con ella
quien tanta pólvora tiene.

50 A un fundidor.

Epigrama.

Fundes campanas, cañones,
y otras dos mil y quinientas
máquinas, con que atormentas
o alegras los corazones.

Parece que halago siente,
Cadmó, en ti el metal, pues siendo
áspero, duro y tremendo,
se ablanda y se hace corriente.

51 A un ingeniero.

Epigrama.

Cánsate, Carlos, de hacer
tantos ingenios de guerra,
que perder o ganar tierra
con guerra todo es perder.
¿A cuántos tus inventivas
de guerra habrán dado muerte?
Pues tú con guerra has de verte
morir, como en guerra vivas.

52 [f. 302 v. b] A un minador.

Epigrama.

La docta naturaleza
con no poca discreción
escondió de la ambición
humana toda riqueza.

Sanz, que a buscarlas se inclina
montes taladra y no asombre
tal, pues la ambición del hombre
por ganar es una mina.

53 A un piloto.

Epigrama.

Zambrana llevando puestas
las manos en el timón
y en la aguja la atención
lleva una nave y no a cuestras.

Si hay viento, como una corza
corre o vuela como una ave,
y aunque rico con tal nave
tal vez viene a andar a orza.

54 A un navegante.

Epigrama.

Si eres argonauta tú
y vas por el vellocino,
sábetete que el oro fino
trae quien lleva al Perú.

Que es, Jasón, brava simpleza
presumir que el Potosí
sólo te ha de dar a ti
por bonito su riqueza.

55 [f. 303 r. a] A un esgrimidor.

Epigrama.

Sobre dos negros arneses
allá con sus camaradas
está el maestro Barradas
dando tajos y reveses.

Quita, entra, sal, repite,
pero aunque con ciencia juega
la espada, al golpe que llega
diga si se le halla quite.

56 A un danzante.

Epigrama.

Danzarán y espadachín
no tienen más distinción
que ser aqueste un matón
y aquel ser un matachín.

Pues, Ruíz, batalla a tus solas,
por danzar bien un torneo,
que es cosa de grande aseo
reñir y hacer cabriolas.

57 A un comediante.

Epigrama.

Llega aquí, no a dar fastidio
el comediante Miguel,
sí a hacer alarde de aquel
Metamorfosis de Ovidio.

Nuevo Proteo es sin duda,
pues no es lo que representa,
y queriendo entrar en cuenta
cada hora de forma muda.

58 [f. 303 r. b] A un mayordomo.

Epigrama.

El mayor de casa, Ozmú,
eres en ser mayordomo,

mas, si hay quien te mande, ¿cómo
has de ser el mayor tú?

Mientras sirves, superiores
no te han de faltar jamás,
y así, pues sirviendo estás,
no te subas a mayores.

59 A un caballero.

Epigrama.

No menosprecies, Jurado,
ser caballero, no,
que a fe de verdad que yo
tomara tu buen bocado.
¿Quién habrá que no celebre
sin ser caballo, ni potro,
el comer a costa de otro
por tener un buen pesebre?

60 A un gentilhomme.

Epigrama.

Gentilhomme sois, Castil,
y más os valiera, hermano,
ser enano y buen cristiano
que no serlo y ser gentil.

Si lo que en vos no hizo Dios,
vuestro amo lo vino a hacer,
no por eso ha de poder
hacer lo que Dios y vos.

61 [f. 303 v. a] A un paje.

Epigrama.

Ocho azoticos, Triviño,
admite no por ultraje,
que están tan bien en un paje
como lo están en un niño.
Tu no escusas se te emboten
los sentidos por jugar,
y así, pues niño en obrar,
anda, paje, a que te azoten.

62 A un acólito.

Epigrama.

A un acólito en camisa
traigo aquí, y no es mucho error,
pues en casa de un Señor
hay, como en la iglesia, misa.

En fin, si quieres, Murillo,
tener siempre quien te mande,
a no ser paje de un grande,
sé en la iglesia monacillo.

63 A un camarista.

Epigrama.

Ramírez, de proa a popa
vestido por ti se ostenta
tu amo, y él te sustenta,
como a polilla, entre ropa.

Vístete bien y desnuda,
no haciendo otra cosa más,
cuando en su cámara estás,

que andar tras dél con la ayuda.

64 [f. 303 v. b] A un repostero.

Epigrama.

Mal trazado y bien dispuesto
veo al maragato Aillón
entrar por aquel salón
cargado con el repuesto.

No ignora con sus cuidados
servir como sayagüés,
y aunque el tal letrado no es
consigue el tener estrados.

65 A un botiller.

Epigrama.

Por todo lago andan muchas
especies a nado, Funes,
y si en el del vino atunes,
en el de tus aguas truchas.

Tus bebidas no han de hacer
rebalsa en mí, que es error
por buena agua con olor
color y sabor beber.

66 A un chocolatero.

Epigrama.

Olmo se da gran combate
remoliendo todo el día
cómo darnos la ambrosía
potable en el chocolate.

A ruines no entra en convite,
ni a alguaciles, que aunque adusto
es él, gasta tan buen gusto
que a ningún soplón admite.

67 [f. 304 r. a] A un cocinero.

Epigrama.

Zamudio a sus asaderos
echa mano, porque el gato
no meta mano en el plato,
haciéndole hacer pucheros.

En su cocina le acecha
porque nada de ella tome;
más de lo que guisa él come
y al gato la culpa le echa.

68 A un confitero.

Epigrama.

Bravo, sin causar mohina,
suele dar de mojicones,
revueltos con canelones
de su mesma disciplina.

No ayuna, mas por tarea
gusta conservar la acción
de hacer buena colación
tanto que se hace jalea.

69 A un turroneo.

Epigrama.

No le va mal a Turel

después que él hace ejercicio
en andar tras de su oficio
como abeja tras la miel.

Ha dado en ser lisonjero
del paladar y asegura
entre obleas la dulzura
con que nos quita el dinero.

70 [f. 304 r. b] A un despensero.

Epigrama.

Provee cuanto es posible
hoy su despensa Perea,
para que en ella se vea
sobrado lo comestible.

Muy bien guarda lo que tiene,
pero, sin hacer virtud,
a muchos con promptitud
a sus expensas mantiene.

71 A un veedor.

Epigrama.

Tolmo, vos mal podréis ser
veedor, trayendo antojos,
pues, ¿qué han de ver vuestros ojos,
si se les antoja el ver?

No obstante, usar podréis vos
de antojos en vuestro empleo,
que bien ve quien ve a deseo
y cuatro ojos más que dos.

72 A un fiel.

Epigrama.

Ya ha tomado la tarea
de andar todo el día Urgel
trayendo a la vista en fiel
el peso, sin ser Astrea.

En la ocasión necesita
no guiarse por su antojo,
que peso que se hace a ojo
lo que una da al otro quita.

73 [f. 304 v. a] A un carnicero.

Epigrama.

Echa una liebre, Porrano,
de buena parte, asegura
el peso, y la añadidura
échala, y no de tu mano.

No puede el golpe negar
que va hueso en la tajada,
ni, según la pulgarada,
que hurta tu dedo pulgar.

74 A un pastelero.

Epigrama.

Basurte, no tanto anheles
por tender masa tan seca,
que sin carne, ni manteca,
no has de hacer buenos pasteles.

Si ellos a perros se han dado,
déjales con Berzebú,

a no metérteles tú
donde hallen buen hojaldrado.

75 A un recovero.

Epigrama.

Por valles y por colinas,
al rabo de su borrico,
camina a vender Perico
huevos, pollos y gallinas.
Mucho pica de caudal,
aunque con gran cacareo
da a entender que lleva empleo
de pío, pío este tal.

76 [f. 304 v. b] A un cazador.

Epigrama.

¡Oh, válgame Dios, qué fuerte
que ofrece allí Malpartida
gustoso plato a la vida,
hecho a costa de la muerte!
Con vivir de lo que caza
por dar gusto al apetito
él a muchos sin delito
les cuelga en pública plaza.

77 A un pescador.

Epigrama.

¿Has hechado un lance bueno,
Tolo, y te das en quejar?
Pues, ¿qué quieres más pescar
que sacar el copo lleno?
De trabajar con la red,
como de andar siempre a nado,
no hay carne en ti, ni pescado
ya, pues, ¿de qué es esa sed?

78 A un carbonero.

Epigrama.

Jurando está Tamajón
a Bríos y por el dinero,
que sin ser hijo de herrero,
no le ha de faltar carbón.
Dice fue blanco el gollizno
de tierra que le dio el ser,
mas decir no ha de poder:
Yo, aunque moreno, no tizno.

79 [f. 305 r. a] A un almotacén.

Epigrama.

¿Qué mucho que a todos mida
el almotacén Culebra,
si es él, por obiar ginebra,
quien pone peso y medida?
Mal podrá ser fiel contraste,
sin ver lo que va a medir,
pues a un desliz, al sentir
común, vendrá a dar al traste.

80 A un alarife.

Epigrama.

Si aprecia tan mal dispuestas,
deja las cosas, Puzol,
que anda como el caracol
siempre con la casa a cuestras.
Alarife y sin saber
de cuenta, él lo perderá,
bien que él a perder no va
si no es por hacer perder.

81 A un alcabalero.

Epigrama.

Francisco algunas rentillas
toma, por oler a cobre;
guarde, no las saque el pobre
pegadas a las costillas.
El da en ser alcabalero
por sacar algo que valga,
mas, como sin cera salga,
¿qué sacará el majadero?

82 [f. 305 r. b] A un arquero.

Epigrama.

Da en vida cuentas, pues tienes
tantas que dar, Oleigú;
pues, ¿qué harás, si a darlas, si
después de la muerte vienes?
Con llave de buena marca
cierra el arco, o si no trueca
de guardar, que el justo peca
si acaso ve abierta el arca.

83 A un contador.

Epigrama.

Zárate a decir se atreve,
sin causarle algún rubor,
que en saber ser contador
no hay quien ventaja le lleve.
Si es que aritmética sabe,
no ignore, aunque más lo sienta,
que en hombres de menos cuenta
de nadie el hacerla cabe.

84 A un asentista.

Epigrama.

Ni gran señor, ni virrey,
jamás, Jácome, lo has sido,
y no obstante has merecido
que ya te dé asiento el rey.
Escúsate a engreimientos,
que eres, por asiento tal,
recaudador general
y esto es un cuento de cuentos.

85 [f. 305 v. a] A un consejero.

Epigrama.

Zúñiga, no poco juicio
has menester y experiencia,
para acordar en conciencia

tú que lo tienes de oficio.

Por consejero te toca
libremente discurrir,
con tal que no ha de salir
mal consejo de tu boca.

86 A un inquisidor.

Epigrama.

Veo allá en su tribunal
al inquisidor don Diego,
juez a quien no puede el ruego
torcer en lo criminal.

Mantiene jurisdicción
tan recta y sin interés
que no hay que decir, pues,
a la inquisición chitón.

87 A un secretario.

Epigrama.

Goza, por ser secretario,
renta con gajes Moreto,
que muchos guardan secreto
por el goce de un salario.

No observan sus acordadas,
si son comunes, acción
de secreto, y sólo son
secretas, si son privadas.

88 [f. 305 v. b] A un fiscal.

Epigrama.

Yo no tengo por virtud,
Otón, que en cualquier conflicto
acrimines el delito
del reo con acritud.

Fiscaliza en testimonio
del yerro ajeno, mas si
el demonio lo hace así,
¿quién gusta de ser demonio?

89 A un oidor.

Epigrama.

Mucho pesa la balanza
de una real chancillería,
aunque de ella un tal decía
que era una cosa de chanza.

Oye en derecho, don Guido,
con él a todos contenta,
porque el día de la cuenta
seas de Dios bien oído.

90 A un relator.

Epigrama.

No todos los abogados
son para entrar en la sala,
y si el relator Zavala
entra, es porque tiene estrado.

Relate sin dar delante
del acuerdo en presunción,
pues para una relación
basta un ciego o comediante.

91 [f. 306 r. a] A un tutor.

Epigrama.

¡Oh, cuántos pasan, Varela,
de mínimos a mayores,
por ser padres de menores
y entregarse en la tutela!

Tal falta de caridad
no tengas tú, que es error
y aun absurdo que un tutor
quiera ser menor de edad.

92 A un galeote.

Epigrama.

Zarzosa no desespera
en medio de su quebranto
de que ha de acabar muy santo,
muriendo en una galera.

Antes de ser galeote
tuvo en ser malo sin gusto,
mas ya le tienen más justo
que lo está un jubón de azote.

93 A un grumete.

Epigrama.

Llegase a ajuste, grumete,
contigo el que en la escotilla
te ajusta la jaquetilla
con cabos de chafaldete.

Mira cómo andas, Pepillo,
de proa a popa, porque,
si te se resbala un pie,
te han de entablar el justillo.

94 [f. 306 r. b] A un chulo.

Epigrama.

Parece gallo fiambre
Gallopín entre asaderos,
mal comido y casi en cueros,
aunque sin frío y sin hambre.

Sus faltas las echa atrás,
pues trae tapada la cara
de mugre, si se repara,
y de fuera lo demás.

95 A un barquillero.

Epigrama.

Con voltear sus palillos
y usar de sus fullerías,
está vendiendo Matías
su banasta de barquillos.

Disimula el ser fullero
tanto, aunque lo es él de tomo,
que a muchos hace andar como
palillos de barquillero.

96 A un lechero.

Epigrama.

El cristiano catecismo
pocoMatachuelo entiende,

cuando a la leche que vende
sin gracia la da el bautismo.

Así a tontos como a sabios
engaña en demasía,
no obstante que todavía
tiene la leche en los labios.

97 [f. 306 v. a] A un garbancero.

Epigrama.

Garbanzos bien sazonados
al pregón saca Gaspar,
sin negar son de Aguilar,
por decir que son tostados.

En días de fiesta arrolla
su punto en vender, pues se
ve así tan holgado que
parece garbanzo en olla.

98 A un vivandero.

Epigrama.

Festivo Aznar de la Roca
está, por lograr la traza
de haberles sentado plaza
a sus víveres de boca.

Trabaja como un esclavo
dando a todos de comer,
cuando él no come por ver
el gusto que da el ochavo.

99 A un carcelero.

Epigrama.

Entre grillos y cadenas
debajo de fuertes llaves,
por tener sus glorias Chaves
guardando está muchas penas.

No poco viento en los sesos
en tener por esto da,
mas poco le durará,
si se le escapan los presos.

100 [f. 306 v. b] A un silletero.

Epigrama.

Bravo macho eres, Corcuera,
para llevar una silla;
no le hay mejor en Castilla,
pues vas como una litera.

Por tanto ya el peso grave
de una grandeza va y viene
sobre ti, y él te mantiene
como el de la pluma al ave.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

